

PUNTO FINAL

La sirena corta el silencio igual que el bisturí al hígado de un cirrótico. Con la misma facilidad, la noche se cierra tras ella. Las amplias avenidas ignoran el aullido. Las casas pudientes se parapetan tras los árboles. En las calles más estrechas, el rebote del eco agudo-grave-agudo-grave en las fachadas deslucidas tampoco logra atraer la atención. Son rincones demasiado acostumbrados a los ruidos. Gritos, golpes, sirenas, lloros, carreras, sirenas, crujidos, carcajadas, sirenas. El estruendo enmudece sobre una acera y solo queda el baile intermitente de luces azules.

Dos abrigos naranjas con reflectantes en las mangas se abren paso por la escalera de los años cincuenta. Las botas desuellan un poco más los escalones de terrazo. Estos reflejan el espíritu de derrota que invade a todo el edificio: sin brillo, con costras de porquería en los rincones y hundidos por el centro; humillados, en definitiva. Han soportado miles de suelas. En tiempos, casi todas planas, de cuero, de goma, de esparto. Suelas que se apresuraban en la bajada antes del amanecer y que regresaban cansinas a la hora de la cena. Suelas que se cedían el paso en los giros de la escalera y que se paraban en los descansillos a chismorrear, a pedir prestado o a prestar. Ahora no. Ahora las suelas son de goma con cámara de aire, o de cuero con puntera reforzada, o con tacones imposibles. Son suelas sin horarios fijos, sin ritmos fijos y, a veces, sin dueños fijos. Suelas que se atropellan, que saltan, que escapan, que empujan. Y los escalones, además de las suelas, tienen que soportar verse cubiertos de colillas, latas, vidrios, vómitos, semen, sangre y algún diente.

Las botas de sanitario se detienen ante el tercero a. La puerta tiembla por los golpes recibidos, pero no cede. Parece que se erige en guardiana del silencio interior. Al final, un tintineo anuncia su derrota y las bisagras gimotean asustadas. La fetidez del pasillo aprovecha la oportunidad y sale en estampida a conquistar el rellano. Haces de linterna se alían con mascarillas quirúrgicas

para tomar al asalto las barricadas de bolsas de desechos, pilas de papeles y muebles carcomidos. Ante la incursión, tímidos seres huyen por grietas y rincones oscuros. Al fondo a la derecha, una débil bombilla incandescente se convierte por unos momentos, ufana, en el faro que señala el camino a los visitantes.

Bajo la bombilla malvive una mesa coja. Tiene el tablero cruzado con rayas de cuchillo, quemazos de cigarros y marcas de vaso. Se inclina soportando apenas el peso de los platos resecos, papeles y carpetas en un orden caótico, el cenicero repleto, una máquina de escribir metálica, una botella de whisky nacional vacía y un vaso terciado de líquido anaranjado. Flotando en él, hace ya tiempo que dejó de patalear una mosca. En el fondo del vaso, dos alianzas se entrelazan viviendo una segunda luna de miel; no habían estado tan juntas desde la primera. La grande arropa a la pequeña en su interior y no puede dejar de mirarla. Será por eso que no prestan atención a los guantes de látex que retiran las mantas del sofá y manipulan sin miramientos al despojo que ocultaban.

Los recuerdos y fotografías de otra época sí que contemplan la escena. Colgados por las paredes o apoyados en ajadas estanterías, cubiertos por capas sucesivas de polvo, humo y grasa y semiescondidos en la penumbra, se sienten a salvo de los acontecimientos alumbrados por la bombilla. Han logrado sobrevivir largos años gracias a pasar inadvertidos, como espectadores invisibles de un circo grotesco. Ya no les espanta nada, ni siquiera cuando el bulto casi inerte del sofá es trasladado a la camilla. Esta cruje por costumbre, porque sus muelles apenas se tensan bajo el peso pluma del nuevo viajero, y casi suspira de alivio al abandonar la estancia camino de la ambulancia.

La quietud regresa a la habitación todavía iluminada por la bombilla que vuelve a ser bombilla; los momentos de esplendor suelen durar poco. Las motas de polvo aventadas desde las mantas invaden el aire respirable. Miles de diminutos desechos de insectos, contaminación atmosférica

y fragmentos de piel, atrapados durante decenios entre las fibras de lana, disfrutan ahora de una efímera libertad. El tiempo en que todavía planean les sirve para otear y decidir sobre cuál de las superficies desean reposar. Deseo inútil, pues solo las corrientes de aire y el azar determinan su destino final. La gravedad cumple con su papel y una a una, cientos a cientos, miles a miles, acaban engrosando la cobertura de todos los centímetros cuadrados de la habitación. La última, minúscula, ridícula, ingrávida cutícula cae con suavidad sobre la tecla que la tilde comparte con la diéresis en la vieja Hispano-Olivetti. En ese momento, como si esperaran la orden de un director de orquesta, las palabras de los papeles despiertan.

Las palabras hablan todas a la vez. Cada una no puede más que decirse a sí misma, balbuceantes al principio, como en boca de niños; firmes y seguras conforme se repiten. El murmullo inicial se convierte en cacofonía industrial al alcanzar el volumen adecuado. Cuando este se vuelve insoportable, se impone el orden natural de las reglas de la coherencia y la cohesión. Las palabras callan y comienzan a nombrarse en el mismo orden en que salieron de la cinta de la máquina. Y en la habitación iluminada por la bombilla se escucha una historia.

Son las palabras más antiguas las que relatan una historia de juventud, inmadura, con falta de ritmo y expresiones manidas. Cuando esta acaba, comienza otra. Y después otra. Y otra. Y otra más. Y las historias van mejorando en forma y fondo. Los ocupantes de la habitación comienzan a prestar atención y a conmovirse con historias emotivas, a reír con ocurrencias disparatadas, a suspirar con amoríos felices. Son palabras que acarician.

Estas continúan con su soniquete y las historias progresan. Comienzan a aparecer construcciones nuevas con palabras viejas, pensamientos escurridizos bien atrapados por mallas vocálicas y, gracias a ellas, mostrados en todo su esplendor. Los relatos alcanzan intensidades inauditas. Un diploma colgado en la pared del fondo tiembla de emoción al reconocer ciertas palabras pronunciadas una vez hace mucho tiempo. Los libros amontonados

en la estantería despiertan y palabras cubiertas de polvo y olvido se suman a las de los papeles de la mesa, logrando entonar las historias a dos voces. Son momentos de éxtasis verbal. Nada existe en la habitación más que un baile agarrado entre gramática y emociones.

Y, de repente, un quiebro.

La intensidad y la profundidad no decaen, pero los escenarios se vuelven lúgubres y palabras oscuras arrinconan a los sentimientos puros. Desfilan historias inquietantes, personajes perdidos, corazones rotos y frío, mucho frío. Son palabras rápidas y aceradas como estoques, que se clavan en el ánimo y encogen a los inertes oyentes de una manera casi física. Una marejada de tensión inunda la habitación. La bombilla se estremece y, si pudieran, las alianzas aguarían el whisky con sus lágrimas. A pesar de ello, no pueden dejar de escucharlas. El ritmo y la precisión los tienen atrapados. Son historias incómodas de escuchar, pero imposibles de ignorar.

Al rato, sin embargo, algo raro ocurre. Al principio suena como un breve ruido de fondo, un error del teclado, posiblemente. Más tarde, otro. Y luego, otro más. Y cuando varios se suceden, está claro que no son fallos de transcripción. Estas incorrecciones evolucionan en palabras mal colocadas, en fallas en la estructura, en ideas inconexas y, al final, en puro delirio. Los monstruos despiertan y se liberan del papel. Sobrevuelan la habitación y se agazapan en las esquinas más oscuras, a la espera de comenzar de nuevo su baile macabro. La bombilla parpadea atenazada por el miedo, la mesa cruje rendida a su cercano final, las alianzas quisieran fundirse en una sola, los recuerdos y fotografías se camuflan en la penumbra y las palabras enmudecen.

El silencio vuelve a reinar en la habitación. No se oye ni el eco.

En un quirófano del extremo opuesto de la ciudad, un pitido continuo pone el punto final.